



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto tercero. Al levantarse el telón aparecen en escena el marqués de Peñagrís, sentado en una butaca, delante de un velador, en el que habrá dos copas y una botella. Junto al velador, un criado, sirviendo la copa que está junto al marqués.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS DE PEÑAGRÍS y UN CRIADO.

PEÑAGRÍS (Al criado.) Para coronas, tengo la mía de marqués. En las copas no me hacen gracia. Llénala. (El criado la llena.) ¡Ajaja!

CRIADO ¿Desea algo más el señor marqués?

PEÑAGRÍS Que no te llesves la botella. Déjala ahí encima, por si tardan, que tardarán. Cuando las mujeres se ponen a charlar, no concluyen.

CRIADO (Dejando la botella encima del velador.) A las órdenes de vucencia. (El criado se dirige hacia el fondo, por donde entra González precipitadamente. El criado cede el paso a González y sale por el fondo.)

ESCENA II

GONZÁLEZ y EL MARQUÉS DE PEÑAGRÍS.

GONZÁLEZ ¡Ni una palabra! ¡No hay nadie que sepa una palabra!...

PEÑAGRÍS ¿De qué, amigo?

GONZÁLEZ Del duelo.

PEÑAGRÍS ¡Pues así que se sabe poco! Sabemos que son padrinos de Rojas, Antonio Méndez y Nuevalos; sabemos que lo son de Martoria, Fernando Lacalle y Mendara; sabemos que el duelo se concertó anoche en condiciones graves, a espada, asaltos de cinco minutos, sin devolver el terreno perdido y a seguir hasta que quede fuera de combate uno de los dos; en resumen: a muerte; sabemos esto, y sabemos que el duelo se verificará o se está verificando hoy por la mañana. ¿Qué más hay que saber?... ¿Quiere usted una copa? (Cogiendo la botella.)

GONZÁLEZ Gracias, no. (Peñagrís vuelve a dejar la botella encima de la mesa.) ¿Qué más hay que saber? El sitio, la hora. ¡Una friolera! ¡Y doña Amelia que me lo encargó con tanto interés!...

PEÑAGRÍS En estos lances es de rigor guardar el secreto.

GONZÁLEZ Secreto relativo. Casi siempre existen cincuenta o sesenta personas que lo conocen y que se lo cuentan a los demás. Ahora no ocurre así. Padrinos y ahijados se volvieron mudos. Todos ignoran dónde y cuándo se baten, ¡todos!... Hasta el gobernador.

PEÑAGRÍS ¡Vamos! (Bebiendo.)

GONZÁLEZ Anoche se reunieron por última vez los padrinos. Se concertó el lance. A Rojas y a Martoria no les han visto el pelo. Lo único seguro es que padrinos y apadrinados no se encuentran en San Sebastián. ¿Dónde pueden estar?

PEÑAGRÍS En cualquier parte rompiéndose el alma. Probablemente al lado allá de la frontera.

GONZÁLEZ Presume usted...

PEÑAGRÍS Cogerían anoche un par de automóviles, ¡y ande la gasolina! ¡Pronto hemos de enterarnos!

GONZÁLEZ ¡Con tal que no haya una desgracia! Rojas tiene mucha bravura, pero tira poco. Martoria es un gran tirador.

PEÑAGRÍS Motivo para tranquilizarse. Los buenos tiradores llevan el arma donde quieren. Si ve en su contrario inferioridad, Martoria procurará herirle solamente. Es demasiado caballero para ser asesino.

GONZÁLEZ ¡Haga la suerte que usted no se equivoque!

PEÑAGRÍS (Luego de llenar otra vez la copa.) ¿Amelia...?

GONZÁLEZ Impresionada, nerviosísima, enferma. Ya ve usted, anoche fué preciso suspender la función; tuvo que guardar cama. Y hoy... ¡hoy estará!...

PEÑAGRÍS Mi hija y La Nuevalos han venido a enterarse, no sé si de su salud o de la escena que provocó el duelo. Ellas dicen que de la salud. Las he acompañado, y, como no es correcto colarse públicamente en la alcoba de las mujeres, estoy aquí, dialogando con esta botella. No debe ser grave la indisposición; las cuatro charlan por los codos.

GONZÁLEZ Para ella el disgusto es tremendo. Aparte su interés por Rojas, el escándalo. Pepita ha pasado aquí la noche; me dijo esta mañana que doña Amelia no había podido conciliar el sueño. Protesta que te protesta, llora que te llora...

PEÑAGRÍS Sí; lo de costumbre en las mujeres cuando ocurren estas trapatuestas. Primero las provocan, y luego las rocían con lágrimas. (Llenándose otra vez la copa.) ¡Ánime-se usted! (Llenando la otra copa.)

GONZÁLEZ Por no desairarle. (Bebe.) Con la polvareda que ha movido el suceso, el crédito de doña Amelia...

PEÑAGRÍS Subirá. Un lance por su causa siempre realza a una mujer como ella. Y si muere uno de los dos... ¡el delirio! (Apurando la copa.) Ya salen. (Entran por la puerta de la de-

recha la Peñagrís, la Nuevalos y Pepita. Esta última sin sombrero.)

ESCENA III

LA PEÑAGRÍS, PEPITA, LA NUEVALOS, PEÑAGRÍS y GONZÁLEZ.

PEPITA (A González.) ¿Averiguaste?...
 GONZÁLEZ No.
 PEPITA ¿Qué haces ahí tan quieto? Corre, pregunta, revuelve el mundo. ¡Está desesperada!
 PEÑAGRÍS (A su hija.) ¿Qué tal sigue?
 LA PEÑA. ¿No lo oíste? Desesperada.
 LA NUE. Y dale en que se ha de vestir. No hace bien.
 PEPITA Ya se lo dije yo. ¡Cualquiera la convence! Ha llamado a Andrea para que la ayude. (A González.) Pero, ¿no vas? ¡Anda a escape, hombre, y trae noticias!
 GONZÁLEZ Es viaje inútil. (Sale González por el fondo.)

ESCENA IV

LA PEÑAGRÍS, LA NUEVALOS, PEPITA y PEÑAGRÍS.

LA NUE. (A Pepita.) Decía usted que después de la cuestión, Rojas...
 PEPITA Salió del hotel con don Antonio: un minuto después que Martoria, y no hemos vuelto a verle.
 LA PEÑA. Nosotras no supimos nada hasta por la noche, cuando anunciaron que suspendían la función y...
 LA NUE. ¡Parece mentira que por cosas tan insignificantes se maten los hombres!...
 LA PEÑA. ¡Bah! No todos son lo picajosillos que Rojas. Si lo fuesen... ¡qué de lutos vamos a ver!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

PEPITA ¡Decir que a estas horas puede estar muerto uno de los dos!

LA PEÑA. No lo eche usted tan por lo trágico. Generalmente los duelistas son como los malos matadores, pinchan en hueso.

PEPITA Sin embargo...

LA PEÑA. Sí; lo de éstos parece muy formal (A la Nuevalos.) ¿Vienes?

LA NUE. Sí.

LA PEÑA. (A su padre.) Anda, tú. Adiós, Pepita. (Viendo que Pepita hace ademán de acompañarlas.) No se moleste en acompañarnos. (Suben por el fondo la Nuevalos, la Peñagrís y Peñagrís. Pepita, que ha llegado al fondo, se dirige hacia la puerta derecha. Cuando va a llegar, aparece en ella Amelia.)

ESCENA V

AMELIA y PEPITA.

PEPITA ¿Tras vestirse, deja usted su habitación y viene a esta sala? Es no quererse bien.

AMELIA En ningún sitio puedo estar. ¡Desde ayer vivo como loca!... ¡Esos dos hombres matándose por mí, por mi culpa!... Porque yo he tenido la culpa. (Ademán de interrupción en Pepita.) ¡Yo!... No trates de decir lo contrario, la culpable soy yo... ¿Y Emilio?... ¡Emilio!... ¿No sabes nada? ¿González no ha averiguado nada? (Se dirige hacia el timbre que hay en la pared. Deteniéndose.) ¡Llamar! ¿A qué voy a llamar?... A que me respondan lo de siempre: «No sé...» «No sé...» ¡Qué ira!... Todo el mundo a obscuras, yo desesperada, y esos dos hombres frente a frente. ¡Frente a frente por mí! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! (Se deja caer en un sillón y rompe en sollozos.)

PEPITA (Acercándose a ella y procurando consolarla.) Va-

mos, tranquilícese usted. No vale exagerar tampoco. Acaso el encuentro...

AMELIA Ellos no van a un duelo de teatro. Tienen demasiado coraje para representar una farsa. Pelearán con furor, con odio... ¡No ves que los dos me aman!... ¡Yo no quería eso!... ¡Te juro que no quería eso!... ¡Qué mal hice, Pepa!... ¡Qué mal hice!...

PEPITA ¿En qué hizo usted mal? ¿Qué crimen ha cometido usted? ¿Lo es admitir una invitación y salir de paseo con amigos y amigas?... Rojas, con sus pícaros celos, lo echó todo a rodar.

AMELIA ¡Ay!...

PEPITA El verdadero culpable es Rojas, queriendo privarla de cumplir aquellas atenciones imprescindibles en quien ocupa el lugar artístico de usted. ¿Que la corteja Martoria? Bueno. Porque la corteje, ¿va usted a tratarle a zapatazos? En nuestro mundo hay que transigir. Si cerrásemos la puerta del cuarto a todos los que nos enamoran, nos íbamos a quedar sin público. Rojas no viene de una aldea para ignorar esto.

AMELIA ¿No es cierto que sí?

PEPITA ¡A ver! ¡Sólo que los hombres!... Ellos, a lo que se les pone entre ceja y ceja, y nosotras ¡cuidado!... No, usted no tiene culpa, la tiene él, pretendiendo hacer de usted una esclava.

AMELIA Una esclava, sí. Haciendo lo que hice, demostré que conservo mi independencia. ¿Verdad que hice bien defendiéndola? ¿Verdad que no hubo en mí delito? ¿Verdad que no le di ningún pretexto serio para provocar la cuestión? ¿Verdad que yo no soy la culpable, que lo es él?... ¡Dí que sí, Pepita, dí que sí! ¡Necesito que me lo repitan una y cien veces, a ver si, en fuerza de oirlo repetir, esta

conciencia mía lo cree y se cansa de atormentarme !...

PEPITA Lo diré y lo repetiré, no cien veces, cien mil.

AMELIA ¡ Calla !... La cobardía tras la culpa fuera indigna de mí. Ya que no otra cosa, debo tener lo que un delincuente cualquiera : valor. Soy responsable de cuanto ocurra... De la muerte de uno de ellos, si uno de ellos llega a morir.

PEPITA ¡ Doña Amelia !...

AMELIA Soy responsable. Lo son mi orgullo, mi arrogancia de criatura envanecida, que sólo se ocupa de sí y no respeta nada en los otros, porque se juzga un ser superior, un Dios, a quien los otros deben adorar de rodillas.

PEPITA Está usted muy excitada, muy nerviosa. Tenga un poco de calma.

AMELIA Así soy yo ; así es Emilio. ¡ Así ha venido siendo esta vida nuestra : un infierno en el que todo era pelea por dominarse el uno al otro ; hasta las caricias ; un choque de egoísmos y de soberbias, al término del cual él me pierde, y yo, vivo o muerto, le pierdo para siempre también !

PEPITA No tanto.

AMELIA ¡ Que no !... Si vence, me abofeteará el alma con su triunfo ; me arrojará su desprecio a la cara. Si vuelve herido, ¿ cómo acercarme a él sin que me rechace, sin que sea cada borbotón de sangre suya una ola de odio e ignominia que me salpique y que me aleje?... Si muere... ¡ No quiero que muera él ! ¡ No quiero que muera ninguno de los dos ! ¡ Un cadáver en mi vida ! ¡ ¡ Qué horror ! !

PEPITA No morirá Rojas, no morirá Martoria tampoco. Tenga usted confianza.

AMELIA Aunque viva, no puedo, no quiero verle. ¡ Verle !... Sólo seguir aquí, en la casa,

me es insoportable. Este sitio, donde ocurrió la escena, se desploma sobre mi espíritu. Los mismos criados, cuando se aproximan a mí, parece que me reconviene con su obediencia silenciosa. Y no seguiré, no. Muerto o vivo, me falta valor para verle cruzar esa puerta. A medida que se acerca el instante comprendo que sería imposible. (Dirigiéndose hacia la derecha.) ¡ Andrea !

PEPITA ¿ Qué va usted a hacer ? (Entra Andrea por la puerta derecha.)

ESCENA VI

AMELIA, PEPITA y ANDREA.

ANDREA ¿ Señora ?

AMELIA Nada, no. Luego te diré... Y tú, Pepita, vete... Estás rendida... No has dormido... (Con inconsciente nerviosidad.)

PEPITA Poco importa.

AMELIA Márchate, sí. Ya estoy más tranquila... Además, necesito quedarme sola... pensar... resolver... Si me ocurre algo, ya está Andrea.

PEPITA Como usted ordene. (Entra en la habitación de la derecha.)

AMELIA ¡ Ni una noticia ! ¡ Qué martirio ! ¡ Qué terrible ansiedad ! (Sale Pepita por la puerta derecha con el sombrero puesto.)

PEPITA Vendré más tarde. Acaso haga falta...

AMELIA (Acompañándola al fondo.) Descansa, hija, no te molestes. (Sale Pepita por el fondo.)

ESCENA VII

AMELIA, ANDREA. Al final, TERESA y un CRIADO, por el fondo.

AMELIA (Mirando un reloj que habrá sobre una mesa.) ¡ Las doce !... ¿ Habrá ocurrido alguna desgra-

cia y me la ocultan? ¡Esta incertidumbre me destroza!

ANDREA (Acercándose a ella, con solicitud.) Señorita, está usted matándose.

AMELIA ¡Ojalá, y muriese de una vez!

ANDREA ¡Vamos, señorita!

AMELIA ¿No oíste que deseo estar sola? ¡Me estorbas! ¡Déjame! (Andrea contempla compasivamente a Amelia, y después sale por la derecha, mientras Amelia se sienta en una butaca, dando la espalda al fondo. Pausa brevísima, después de la cual aparecen en el corredor del fondo, sin entrar en la habitación, Teresa y un criado.)

CRIADO Ya le he dicho a usted que no está.

TERESA No importa, esperaré; es necesario que le espere. Esperaré donde usted me indique. (Amelia, al oír la voz de Teresa, levanta la cabeza y la vuelve en dirección del fondo. Al reconocer a Teresa se levanta. Teresa la ve.)

AMELIA ¡Teresa!... (Alto.)

TERESA (Idem.) ¡Amelia!... (El criado se inclina y se retira. Teresa continúa en el fondo, en el corredor, sin entrar.)

ESCENA VIII

AMELIA y TERESA.

AMELIA ¿Usted?...

TERESA Yo.

AMELIA ¿Aquí?...

TERESA (Avanzando y entrando en la habitación, en el fondo de la cual queda.) ¿Dónde, sino cuando su vida está en peligro? Aquí únicamente puedo encontrarle y esperarle. ¿Que no debí hacerlo? ¿Que pisoteo mi dignidad? ¿Que ofendo mi orgullo? Se trata de su vida. Su vida me importa mucho más que mi dignidad de dama y que mi soberbia de mujer. Mire usted si me importa, que me resigno a interrogarla. ¿Qué sabe us-

ted de ese lance? ¿Qué ha sido de Emilio?

AMELIA Lo ignoro.

TERESA ¿Que lo ignora?

AMELIA Sí, para martirio mío lo ignoro.

TERESA ¿Que lo ignora?... Bien que lo ignore yo; pero usted, usted, la causante del duelo, usted, que ha puesto un hierro en las manos de esos dos hombres, ¿cómo puede ignorarlo?

AMELIA ¡Señora!...

TERESA ¿Cómo no se arrojó en brazos de Emilio...—no para impedir que se batiera; no soy de las que llevan a un duelo al hombre adorado, pero no soy tampoco de las que le impiden acudir.—

AMELIA ¡Teresa!

TERESA ¿Cómo no se arrojó usted en los brazos suyos para conocer toda la verdad, y seguirle luego, y estar lo más cerca posible de él durante el peligro, y ser la primera en auxiliarle herido, o en llorarle muerto?

AMELIA El dolor enloquece a usted.

TERESA Sí, loca estoy hablando como hablo. Usted, después de provocar el lance, de poner a Emilio frente a la espada de Martotía, no podía arrojarse en sus brazos, no podía seguirle; no puede auxiliarle herido o rezarle muerto. El heridor no se acerca a su víctima, la huye. (Con desesperada ironía.)

AMELIA Está usted insultándome, y la prudencia tiene sus límites. (Con altanería y fiereza.)

TERESA No, no quiero insultarla. Perdoneme si la ofendí. No he venido a eso. ¡Vengo a saber de él, a esperarle a él!... En este momento no miro en usted la rival preferida; veo una mujer digna de compasión, y vengo, por si él tiene la desgracia de caer herido o muerto, a ocupar el sitio que no puede usted ocupar.

AMELIA (Con sarcasmo.) ¿Y usted sí?
TERESA Yo, sí.
AMELIA ¿Usted?...
TERESA ¿Por qué no? ¿Porque me dejó por usted? ¿Porque me ha abandonado? ¿Está usted segura de que me ha abandonado? Hasta hoy, para usted y para él, fueron horas de placer todas las suyas. Llegasí, llega—la primera hora de dolor. En esa hora, ¿de quién se acordará Emilio? ¿De usted o de mí?
AMELIA (Alto, como si reflexionase en alta voz.) ¿Qué dice? ¿Qué dice, que ni a contestarle me atrevo?...
TERESA Digo, que en horas de placer y de exhibición y de triunfo, usted puede hacerle más feliz que yo, porque es más hermosa, y más inteligente, y más atractiva para alhagar las pasiones de un hombre como él. Yo soy una pobre mujer, una criatura insignificante; no tengo grandes éxitos que ofrecerle. Apenas si me queda hermosura que darle; pero en mi humildad y en mi insignificancia sé lo que no sabe usted: perdonar y sufrir.
AMELIA Teresa...
TERESA Nosotras, las mujeres que no sabemos comprender a los hombres superiores que nos favorecen con su amor, sabemos idolatrarles, y admirarles, y respetarles, hasta en sus vicios y en sus pequeñeces. Hay en nosotras mucho de amantes, ¡cómo no! pero hay mucho también de hermanas, de madres... Cuando la hora del dolor viene, son las madres las que mejor saben atenderlo y dulcificarlo. Por eso estoy aquí. No me haga la ofensa de suponer que he venido a reconquistar las caricias de un hombre. (Amelia ha ido siguiendo las palabras de Teresa, primero, con asombro, después, con interés, al cabo, con dolorosa admiración.)

AMELIA (En un arranque de noble y dolorosa sinceridad.) No la ofendo; la admiro y me doy lástima.
TERESA Amelia...
AMELIA Cierto. No somos nosotras, criaturas turbulentas, que sentimos con la imaginación y no con el alma, hechas para endulzar dolores. Hechas estamos para provocarlos.
TERESA ¿Usted...
AMELIA ¿Extraña que hable así? Hace usted mal. Concédame el derecho a ser noble. Señora...
TERESA Sí, es cierto, desventuradamente es cierto. Nervios, sangre, sentidos, todo lo gastamos en la lucha por el éxito, por la gloria, y cuando bajamos a la realidad, bajamos destrozadas, rotas, sin alma, nuestra alma quedó allá, en el mundo de la ficción y del aplauso. ¡Feliz Emilio que ha encontrado, en el alma hermosísima de usted, un alma con grandeza bastante para ser dos almas: la de usted y la suya! Feliz él; yo no he poseído, yo no he encontrado un alma así. ¡Quizás no la encuentre en el mundo! Compadézcame usted y ocupe el sitio que por fueros de su amor sublime le corresponde. (Se dirige a la puerta izquierda y la abre.) Ahí están las habitaciones de Emilio. Entre usted, aguárdele. Yo, suceda lo que suceda, no he de volver a verle. (Teresa hace ademán de dirigirse a Amelia, ésta la contiene con el gesto y señala la puerta de la izquierda. Teresa entra. Amelia queda un instante mirando hacia ella.) Sí. Ella es para él la vida entera. Yo... lo que él para mí: una locura que se desvanece... (Se dirige hacia la derecha.) ¡Andrea! (Entra Andrea por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

AMELIA y ANDREA.

ANDREA ¡ Señorita !
 AMELIA Pronto, que me preparen un coche cerrado. (Amelia sale por la puerta de la derecha, que se cierra tras ella. Andrea se dirige hacia el fondo, en el que aparece González como trastornado y pesaroso. Al ver a Andrea se dirige a ella, que se ha detenido como sorprendida por la actitud de González.)

ESCENA X

ANDREA y GONZÁLEZ. A poco, EMILIO, ANTONIO y NUEVALÓS.

GONZÁLEZ (Con misterio.) ¡ Viene !
 ANDREA ¿ Quién ?
 GONZÁLEZ ¿ Quién va a ser ? Rojas. Ahí lo suben.
 ANDREA (Con susto.) ¿ Muerto ?
 GONZÁLEZ No, mujer, herido. Una herida profunda. Afortunadamente no es mortal.
 ANDREA (Con temor.) ¡ Y la señorita... !
 GONZÁLEZ No digas nada aún. Conviene prepararla. (Entran por el fondo Emilio, Antonio y Nuevalos. Emilio, pálido, y sosteniéndose en los hombros de Nuevalos y Antonio. Andrea sale por el fondo haciendo un gesto de dolor.)
 ANTONIO (A Nuevalos.) Así ; poco a poco.
 EMILIO ¿ A qué esas precauciones ? (Con amarga ironía.) Pierde cuidado, no me muero.
 ANTONIO Ya lo sé ; pero te callas y obedeces. Descansa en este sillón mientras que se prepara todo. (Antonio, ayudado por Nuevalos y González, hace sentarse a Emilio en un sillón.)
 NUEVALOS Con tiento.
 ANTONIO González, hágame usted el obsequio de mandar que recojan del carruaje las armas. (Sale González por el fondo.) Conde, há-

game usted el obsequio de despedir a esos curiosos que esperan abajo. (Sale Nuevalos por el fondo también.)

ESCENA XI

EMILIO y ANTONIO. Después, AMELIA. Al final, TERESA.

EMILIO Ha sido más diestro que yo. Ganó la partida completa. (Se abre la puerta de la derecha y aparece en ella Amelia, con sombrero y un guardapolvo. Al ver a Emilio hace un ademán de sorpresa y espanto.)
 AMELIA ¿ Qué ? (Avanzando.)
 ANTONIO (Hace una indicación de que la herida no es grave.)
 AMELIA ¡ Emilio ! (Dirigiéndose hacia él.)
 EMILIO (Rechazándola con el ademán.) ¡ No te acerques !... Entre nosotros ha concluido todo. ¡ No te acerques, mujer !
 AMELIA ¡ Emilio ! (Avanza. Luego se detiene.) ¡ Tienes razón ! (Se dirige a la puerta del fondo.) ¡ Adiós ! (Se detiene en la puerta, a tiempo que se abre la puerta de la izquierda dando paso a Teresa, que al ver a Emilio queda en ella inmóvil, sobrecogida, sin atreverse a avanzar.)
 EMILIO ¡ Adiós !... No eres tú, mujer, lo que siento ; es que contigo se aleja también lo que por tu causa perdí : el amor de la única mujer que ha sabido amarme. (Teresa ha ido avanzando poco a poco, y llega, conmovida y emocionada, al lado de Emilio. Este la ve.) ¡ Teresa ! (Bajando la cabeza, avergonzado.)
 TERESA ¡ Yo ! (Arrodillándose a los pies de Emilio. Amelia hace un ademán en que se expresen el amor y el sacrificio juntos, y sale por el fondo, en la forma que diete a la actriz su inspiración.)
 EMILIO ¡ Teresa ! (Dejando caer su cabeza en el hombro de Teresa.)
 ANTONIO ¡ Animo !... ¡ Y a curar esa herida !

FIN DE LA OBRA

BIBLIOTECA TEATRO MUNDIAL

DIRECCIÓN: SAN PABLO 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|---|
| 1 La princesa del Dollar | 32 El registro de la policía. |
| 2 La ola gigante. | 33 El vergonzoso en palacio. |
| 3 El señor conde de Luxemburgo. | 34 La fuerza de la conciencia. |
| 4 La captura de Raffles, o el triunfo de Sherlock Holmes. | 35 Aurora. |
| 5 El sol de la Humanidad. | 36 Eva. |
| 6 Zazá. | 37 El bufón. |
| 7 Mujeres vienesas. | 38 El cuchillo de plata. |
| 8 Hamlet. | 39 Nick Carter. |
| 9 Giordano Bruno. | 40 La cena de los cardenales.
¡Justicia humana! |
| 10 El nido ajeno. | 41 El señor feudal. |
| 11 El rey. | 42 El veranillo de San Martín. |
| 12 Prisionero de Estado, o la corte de Luis XIV. | 43 El desdén con el desdén. |
| 13 Fantina, o los miserables. | 44 Amor de amar.—Cuento in-
moral. |
| 14 La ladrona de niños. | 45 La dama de las camelias. |
| 15 Los dioses de la mentira. | 46 La domadora de leones. |
| 16 Cristo contra Mahoma. | 47 El capitán cajero, o los dos
sargentos franceses. |
| 17 Juventud de príncipe. | 48 El místico. |
| 18 Juan José. | 49 García del Castañar, o del
rey abajo ninguno. |
| 19 La sociedad ideal. | 50 La fierecilla domada. |
| 20 La cizaña. | 51 El honor. |
| 21 Entre ruinas. | 52 El sí de las niñas. |
| 22 La vida es sueño. | 53 María Antonieta. |
| 23 Sabotage.—Pasa la ronda. | 54 La viuda alegre. |
| 24 Magda. | 55 El abate Faria y Edmundo
Dantés, o el Conde de
Montecristo |
| 25 El papá del regimiento. | 56 Otelo. |
| 26 El alcalde de Zalamea. | 57 El barbero de Sevilla. |
| 27 Los dos pilletes. | 58 Daniel. |
| 28 Don Juan de Serrallonga. | 59 Pecado de juventud |
| 29 El rey Lear. | |
| 30 Espectros. | |
| 31 Las cigarras hormigas. | |

- | | |
|--|--|
| 60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes. | 82. Entre bobos anda el juego. |
| 61. La muerte civil. | 83. ¡El!—En flagrante delito. |
| 62. La apuesta de don Juan Tenorio. | 84. Fualdés. |
| 63. Sor Teresa, o el claustro y el mundo. | 85. El adversario. |
| 64. La niña boba, o buen maestro es amor. | 86. La portera de la fábrica. |
| 65. El pan de piedra (El carbón). | 87. Bernardo del Carpio. |
| 66. Romeo y Julieta. | 88. La verdad sospechosa. |
| 67. Los reyes ante la Inquisición. | 89. El alcázar de las perlas. |
| 68. Felipe Derblay. | 90. El lobo. |
| 69. Los malos pastores. | 91. Carceleras.—Rejas y votos. |
| 70. Huyendo del nido. | 92. Amor de madre.—¡Guerra a la guerra! |
| 71. Claudio Frollo, o Nuestra Señora de París. | 93. La neña. |
| 72. Pasión fatal, o Ana Karenine. | 94. Doña María de Padilla. |
| 73. Margarita de Borgoña. | 95. La doncella de mi mujer. |
| 74. El héroe vencido, o el soldado de chocolate. | 96. Sobrevivirse. |
| 75. La máquina humana. | 97. Bruno el tejedor. — Sinibaldo Campánula. |
| 76. El ladrón. | 98. El asistente del coronel. — La huelga de los herreros. |
| 77. El judío errante. | 99. Día de Reyes. — Noche de Reyes. |
| 78. La Nazarena. | 100. El zapatero y el rey. (Primera parte). |
| 79. Las máscaras. | 101. Gente de fábrica. |
| 80. El difunto Toupinel. | 102. El zapatero y el rey. (Segunda parte). |
| 81. El hijo del milagro. | 103. La moza de cántaro. |
| | 104. Aben-Humeya. |
| | 105. Comedias cortas. |

7760 B
M

AURORA